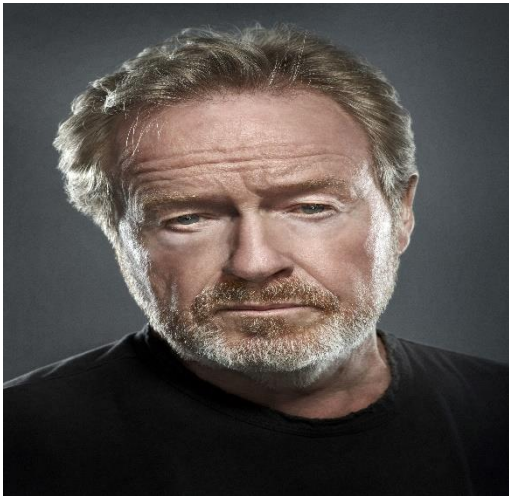


TRIBUNA

RIDLEY SCOTT, NAPOLEÓN Y EL CINE HISTÓRICO

Por Igor Barrenetxea Marañón
Universidad Internacional de La
Rioja (UNIR)



La amplia trayectoria del británico Ridley Scott en su longeva carrera como director le ha permitido abordar innumerables géneros cinematográficos a lo largo de estos años, desde la comedia al drama, pero también tocando innumerables temáticas, como la ciencia ficción, en *Alién. El octavo pasajero* (1979) y *Blade Runner* (1982); en la acción bélica, *Black Hawk derribado* (2001); la mafia, *Black Rain* (1989) y *American Gangster* (2007); el terrorismo yihadista, *Red de mentiras* (2008); en comedias como *Un*

buen año (2006); terror, *Hannibal* (2001); bíblicas *Exodus* (2014), etc.

Sin embargo, un género donde también ha destacado ha sido el cine histórico desde su mítica *Los duelistas* (1977), pasando por *1492. La conquista del paraíso* (1992), hasta llegar a su última etapa, con largometrajes como *Gladiator* (2000), *El Reino de los Cielos* (2005), *Robin Hood* (2010), *El último duelo* (2022) y, por supuesto, *Napoleón* (2023), de reciente estreno.

Cabe pensar que es un director que se ha forjado en los fuegos del éxito y del fracaso, y que ahora está viviendo una segunda juventud (tiene 85 años) encadenando grandes proyectos cinematográficos. Sin embargo toca detenerse en esta última, en el reto de llevar la biografía del Gran Corso a la gran pantalla, de lograr mediante una tarea de recreación nada sencilla la consabida fidelidad histórica.. Este último aspecto siempre un tema delicado.

A nadie le importaron demasiado las licencias que se tomó con la figura del emperador Cómodo. La película *Gladiator* resultó redonda tanto a nivel de crítica como de público. Su denuncia del poder y su visión de la antigua Roma no serían del agrado de los historiadores especializados, pero fascinó su

DOI: <https://doi.org/10.1344/fh.2023.33.2.581-584>

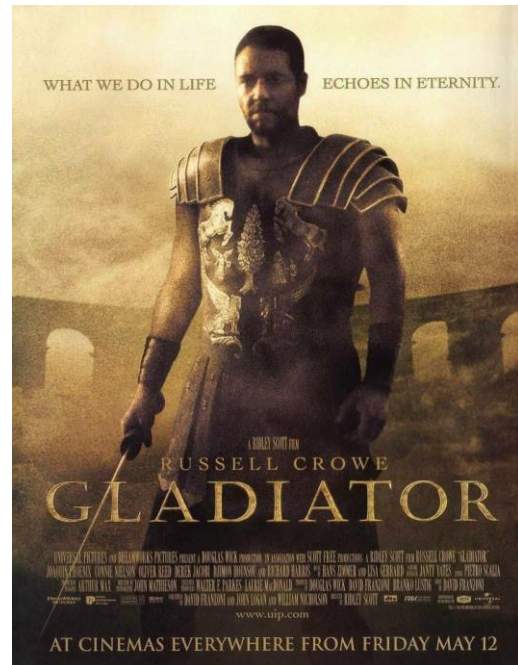
Copyright © 2023 Igor Barrenetxea Marañón

Copyright de la edición © FilmHistoria Online, 2023. Todo su contenido escrito está bajo una licencia de Creative Commons Reconocimiento-No comercial-Compartir bajo la misma licencia 4.0.

espectacularidad. Lo mismo se podía decir de los otros filmes que le siguieron. A Scott no le interesaba la exactitud, sino su percepción sobre el tema. No hay más que recordar la forma en la que planteó la invasión de las tropas francesas en suelo británico en *Robin Hood*. Creyó que los galos inventaron las primeras lanchas de desembarco modernas en la Edad Media... era imposible, pero la acción ganaba a los hechos. No obstante, la figura de Napoleón Bonaparte es distinta. Igual no para Scott que la encaró con la misma profesionalidad que tanto le ha gustado ofrecer en cada uno de sus realizaciones (aunque no todas hayan tenido el mismo resultado), sin darse cuenta de que es un emblema nacional y de que su figura marcó de forma profunda tanto la historia de Francia como de Europa.

El primer tráiler de la película, antes de su estreno, alimentó ya la polémica. Muchos expertos de la época descubrieron errores de bulto. En una de sus más célebres batallas, Austerlitz, no nevó, a diferencia de la escena filmada, y tampoco fue clave el bombardeo de la capa de hielo que atravesaron las unidades enemigas. La batalla estaba ya decidida. Otra de las licencias que se ha tomado ha sido ver como en su campaña en Egipto las pirámides eran bombardeadas, y hay más. Y mientras Scott se defendía de

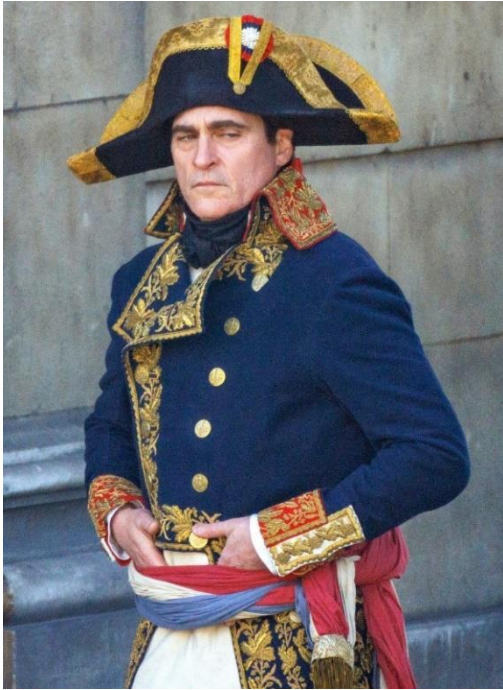
todo ello afirmando que “una película no puede ser una lección de historia”, los historiadores galos lo calificaban de filme probritánico y antifrancés.



El debate no es nuevo.

En el marco de los estudios de las relaciones de historia y cine no se puede valorar un filme como si fuese un libro de historia, pero obviamente, a quienes han dedicado décadas al estudio científico de aquella época, ciertas licencias que al cineasta le ha parecido bien adoptar, les han sido irritantemente inadmisibles. Es un problema irresoluble, pues a pesar de que muchas películas cuentan con asesores históricos, el cine siempre pecará de inexactitudes o falsedades, la cuestión es el fondo, valorar sus intenciones y su idoneidad. Si la batalla de Austerlitz no se decidió por una capa de hielo es lo de menos, lo

de renombre. Es evidente que cada país observará la película con sus propias percepciones ¿ídolo o tirano?



El problema de tanto ruido es que no interpretemos la película como lo que es, un drama, no una verdad histórica. Existen innumerables biografías¹ sobre el emperador que permiten contrastar al real con el cinematográfico (y que ya ha sido llevado muchas otras veces al cine con desigual éxito²), con lo que quién fue no cambiará. Sabiendo la importancia que cobran las imágenes en la memoria, la airada reacción gala contra Scott, sobre *su* Napoleón, es más

indicativa de otra cosa: la defensa de la exclusividad de las historias nacionales. Cada país es muy celoso de sus grandes figuras.

El filme revela, eso sí, lo lejos que estamos todavía de configurar una historia europea compartida, sin héroes ni villanos patrios.

¹ Citando solo las más recientes, destacar: *Napoleón* (2014), de Jean Tuland; *Las campañas de Napoleón* (2015), de David Chandler; *Napoleón* (2016), Andrew Robert; *Las guerra napoleónicas. Una historia global* (2022), de Alexander Mikaberidze. *Napoleón Bonaparte* (2023), de Albert Manfred;

² En películas como *María Walewska* (Clarence Brown y Gustav Machatý, USA, 1937), *Déssirée* (Henry Foster, USA, 1954), *Napoleón* (Sacha

Guitry, Francia, 1955), *Austerlitz* (Abel Gande, Francia, 1960) o *Waterloo* (Sergei Bondarchuk, Italia, 1970) y, por supuesto, la más valorada, *Napoleón* (Abel Gance, Francia, 1927). Además de otras más recientes, como las comedias *Mi Napoleón* (Alan Taylor, Reino Unido, 2001) y *Napoleón y yo* (Paolo Virzi, Italia, 2006), la televisiva *Napoleón* (Yves Simoneau, Francia, 2002), *La última batalla* (Antoine de Caunes, Francia, 2003)